

La Chaparra vieja

José Quesada García



El otoño empezó hace poco más de un mes. Es un otoño seco, caluroso, sin precipitaciones, las hojas de los árboles han empezado a perder su color verde, y aunque muy pocas empiezan a caer sobre las aceras y los parques, todas van tomando tonalidades amarillentas indicándonos que han llegado al final de su vida.

Sí, estamos en otoño y como todos los años por esta época, la vida vuelve a sus cauces normales; la gente se incorporó a sus trabajos y quehaceres, los niños a los colegios, casi olvidadas las vacaciones de verano ya se va pensando en las próximas navidades. En cada casa la normalidad es la tónica general y en la mía propia pasa igual.

Yo también he vuelto a la rutina, pero hay algo que me está ocurriendo, algo extraño. Llevo varios días que si saber por qué, no hago nada más que pensar en una gran encina centenaria que hay en mi pueblo, y lo curioso es que de noche, la imagen de la encina aparece en mis sueños. Tengo la sensación de que de una forma u otra, quiere comunicarse conmigo, me está llamando, pidiéndome que me acerque a ella, que la visite, que la hable. Esto resulta extraño para mí, pero a medida de que pasan los días, los sueños son más intensos y empiezo a pensar muy a menudo en su imagen e intento explicarme el porqué de esta fijación por ese árbol centenario. Supongo que esto en unos días desaparecerá y habrá sido solo un juego

de mi mente. Por supuesto no he comentado esto con nadie, ante el temor de que me dijeren: -Pepe, ya sabemos que tienes mucha imaginación, pero que te llame en sueños un árbol y hables con él, pues se sale de lo corriente-.

Se acerca la festividad de Los Santos, y hemos decidido ir al pueblo. La noche anterior al viaje, apenas he podido dormir, los sueños de la encina han sido muy intensos, y en un duerme-vela, he vuelto a sentir su llamada, llamada con más fuerza que nunca. Al levantarme me he preguntado. "¿Estos sueños serán fruto de mi imaginación, o verdaderamente la encina me está llamando por medio de los mismos?". El caso es que nos ponemos en marcha hacia el pueblo y en mi interior sigue la fijación por la Chaparra Vieja. A medida que nos acercamos a nuestro destino, nace y crece en mí la necesidad de acercarme hasta ella e intentar buscar una explicación lógica a estas extrañas llamadas y a las inquietudes que me producen.

La llegada a Cabra, supone la instalación en la casa y la correspondiente preparación de la misma para acomodarnos para los siguientes días. Este trajín y el reencuentro con familiares, amigos y vecinos, hacen olvidarme por unas horas de la encina, aunque en algunos momentos puntuales su imagen aparece en mi mente. Cansado del viaje y del ajetreo del día, nos vamos a la cama. Otra noche en la que he vuelto a soñar con la encina, pero esta vez he sentido con más fuerza y gran nitidez la llamada de la Chaparra Vieja que me decía. – ¡Ven, ven hacia mí, acércate, te estoy esperando, ven... ven...!

Después de otra noche de insomnio, decido que tengo que ir a ver a la encina. Le digo a mi mujer y mis hijos que vayamos a dar una vuelta a la estación del ferrocarril y de paso nos acercamos a la encina centenaria y nos hacemos unas fotos. Pero los chicos no tienen muchas ganas de ir a la estación y mi mujer me responde que tiene mucha faena y que vaya yo solo, que prefiere luego tomar una cervecilla a la hora del aperitivo. Ante la respuesta de mi familia, cojo la cámara de fotos, las llaves del coche y me marcho, diciéndoles que volveré para la hora de la ligaila.

Subo en el coche y me encamino a recorrer los doce kilómetros que hay aproximadamente desde el pueblo hasta donde se encuentra la encina. Mientras conduzco me sigo preguntando si al ver la chaparra, estos sueños extraños en los que ella me llama, desaparecerán y descubro que es mi imaginación la que me hace sufrir esta fijación por la Chaparra Vieja.

¡Ya la veo! Está como siempre, grande, frondosa, majestuosa... Me acerco por el camino que pasa a unos metros de ella y aparco el coche a un lado de ese camino, lentamente me dirijo a su encuentro. Mientras avanzo hacia ella, mi mirada intenta recorrer toda su hermosura exterior; está allí sola, rodeada de tierras de labor recién aradas, resaltando su verdor sobre el rojizo de la tierra y el azul del cielo. El sol

con sus rayos baña sus hojas, hojas que relumbran como infinidad de espejos pequeños y que sólo dejan de brillar cuando unas nubes blancas y algodónadas se interponen entre ellas y el astro rey.

Sin prisa, me aproximo a ella introduciéndome en el inmenso cobijo que forman sus gruesas ramas y hojas. Miro hacia arriba y pienso que es espectacular, fastuosa, digna de ser admirada. La recuerdo de otras veces que la he visitado y sigo pensando que cada día su belleza, belleza natural, va aumentando. Allí observándola, el silencio es casi total, salvo el leve ruido que origina la suave brisa al balancear y mecer las ramas y hojas cuando pasa entre ellas. En este silencio también se escuchan los golpecitos secos que hacen las bellotas al caer del árbol estrellándose en el suelo y el cantar de algún pájaro que vuela por los cielos o está en los campos cercanos.

Me siento bien, estoy tranquilo, relajado, disfrutando del momento de paz que me produce la contemplación de un árbol con tantos siglos de vida. Ahora me pregunto por sus llamadas, en este momento, nada indica que la encina fuese la culpable de mis desvelos y ensoñaciones de días y noches anteriores. Sigo con mis contemplaciones y pensamientos e indolentemente me acerco a su gran tronco y apoyo mi mano en su corteza rugosa. Al contacto de mis dedos con el tronco, un cosquilleo recorre mi cuerpo llegando hasta el último punto de mi anatomía. Es una sensación grata, no me disgusta, parece como si algún tipo de energía procedente del árbol estuviese descargándose en mi cuerpo; sin despegar la mano del tronco, me siento en una de las grandes piedras que hay a su lado y allí plácidamente, continuo hasta que una voz me saca de mi abstracción, una voz que casi no se oye y que me dice:

-¡Estas aquí, has venido! Has escuchado mis llamadas y has venido.

Al oír estas palabras miro en todas direcciones intentando descubrir a la persona que las ha pronunciado, pero no veo a nadie, estoy solo, a mí alrededor no se ve un alma, pero estoy seguro de que alguien me ha hablado. Me levanto del asiento pétreo y volviendo a escudriñar los alrededores, pregunto en voz alta:

-¿Quién llama? ¿Hay alguien por ahí?

Nadie responde, solo se oye el viento al pasar entre el ramaje de la encina y la continua caída de las bellotas al suelo. Me vuelvo a acomodar en mi asiento de piedra y poso otra vez mis dedos sobre el tronco, pero al hacerlo, escucho de nuevo la voz:

-Soy yo, el árbol quien te habla. No tengas miedo y no separes tu mano de mí. Sé que me oyes y te pido que me escuches.

-¿Tú, tú puedes hablar? Miedo... miedo no tengo, solo que nunca he oído hablar un árbol, a no ser de una forma ficticia en libros y en películas. ¿O es que estoy soñando? Porque me parece mentira que tú puedas hablar, yo te escuche y a la vez te conteste. ¡Esto... esto es de locos y soñadores! –respondo a la encina, extrañado de esta atípica conversación.

-Veo que escuchas y entiendes mis palabras, no todo el mundo acude a mis llamadas, y quien lo hace, no siempre consigue entablar conversación con un viejo árbol como yo.

-¿Y por qué yo he acudido a tú llamada y ahora estoy hablando contigo como si lo hiciese con cualquier semejante mío? ¿Y precisamente en este momento?, si yo he pasado cientos de veces por ese camino cercano e incluso en algunas ocasiones he estado aquí mismo, en este lugar en el que ahora me encuentro. ¿Por qué a mí me está ocurriendo esto?

-Sosegate Pepe y déjame que te cuente; porque todo en la vida tiene una explicación.

-¿Me conoces y sabes cómo me llamo? –le pregunto intrigado.

-A lo largo de mi existencia, he conocido y conozco a mucha gente, gente que como tú ha estado en algún momento cerca de mí. Tú has venido varias veces aquí, has estado solo, con tu familia o con tus amigos. En esas ocasiones yo os observaba, os escuchaba e intentaba comunicarme con vosotros; pero nunca me hicisteis caso, luego en mi soledad y gracias a mi memoria, recordaba vuestras conversaciones, vuestros nombres, gestos, y comentarios hacia mí. Por eso sé tu nombre, el de tu familia y de casi todos los que pasaron por aquí, porque vosotros fuisteis quienes sin saberlo me lo dijisteis.

Estoy alucinando mientras escucho la voz de la encina. Una voz de tono suave, pausado, nostálgico, una voz que yo diría cansada, vieja, casi quebrada, voz que no puedo definir como femenina ni masculina, pero que estoy escuchando y que me habla desde dentro de la Chaparra Vieja. Ya no tengo duda, es la encina quien me habla.

-Aunque tus labios no dicen nada, te sigues preguntando el porqué de mis llamadas y por qué has sido tú quien las ha recibido, viniendo a mi encuentro y ahora estás hablando con migo. –Sigue hablándome la encina en tono pausado-. Tú al igual que yo, somos seres vivos, como también lo son todos los animales y todas las plantas, y que de una forma u otra todos estamos relacionados entre sí. Como seres vivos que somos, nacemos, crecemos, nos reproducimos y por fin morimos y

desaparecemos. Ahora, de todos los seres vivos, vosotros los humanos por vuestra naturaleza, sois los más complicados y difíciles de entender.

Escucho con atención sus palabras, lo hago perplejo, en silencio, poniendo todos mis sentidos a sus sabias palabras e intentando comprender el sentido de las mismas. Ella, la Chaparra Vieja sigue hablándome con esa dulzura y serenidad propia de un anciano que quiere contarte todos los pasajes de su vida, o por lo menos, lo que aún recuerda.

-Tú has respondido a mis llamadas, porque tienes buen corazón y con la edad, esa sensibilidad ha aflorado y te ha hecho recapacitar dándole el valor que se merece a todo lo que te rodea. Y yo te pregunto, ¿Qué has pensado y qué piensas sobre mí?

La pregunta de la encina me pilla de improviso y antes de responderle miro en mi interior y durante unos segundos recapacito la respuesta que le voy a dar.

-Yo he pasado muchas veces por aquí y como tú bien has dicho antes, también he estado aquí cerca y debajo de ti. Siempre te he visto como el gran árbol que eres, una encina centenaria, sintiéndome orgulloso de que estuvieses aquí y que te declarasen Bien de Interés Natural. Claro que nunca pensé que tú y yo pudiésemos hablar.

-¿Y no has querido saber algo más sobre mí? ¿No te has preguntado... por mi edad, el porqué he crecido tanto, porqué he sobrevivido en todo este tiempo, de qué acontecimientos he sido testigo...?

-Hombre... siempre he tenido curiosidad por conocer tu verdadera edad, aunque sé que hace poco tiempo, unos técnicos de Medio Ambiente realizaron un informe sobre ti y dataron tu edad en novecientos años, en ese informe también incluyeron tu altura, perímetros de tu tronco y de tus grandes ramas, y el estado en el que te encuentras actualmente. Y sí, algunas veces me he preguntado en el montón de cosas y gentes que has conocido durante tantos y tantos años que dicen los técnicos que tienes.

-¿Qué sabrán esos técnicos? Midieron aquí y allá, sacaron fotografías, apuntaron en papel todo eso y uno de ellos propuso taladrar mi tronco con una máquina para así saber exactamente mi edad. No lo hicieron, porque otro de ellos, el de más edad, aseguró que debido a mi longevidad y mi estado, un taladro en el tronco, me podría dañar gravemente y ser perjudicial para mi salud. Mientras ellos realizaban todas estas tareas, yo les observaba, les escuchaba, incluso intenté hablarles, pero ellos... ellos no me escucharon, ellos solo eran eso... técnicos, que hacían su trabajo y que no tuvieron en cuenta que soy un ser vivo, viejo pero a la postre un ser vivo igual que ellos.

Noto la voz de la encina quejumbrosa, hastiada, cansada en referencia al encuentro con los técnicos. Sigo callado, boquiabierto, a la espera, deseoso, igual que un niño anhela que su abuelo le cuente las historias acaecidas durante su vida.

-¡Escucha Pepe y pon atención a lo que te voy a contar! -me habla de nuevo la encina.

-Los técnicos se equivocan en mi edad, yo nací hace más de mil primaveras, mis primeros recuerdos son de cuando yo era un árbol joven, delgado y deseoso de crecer. Recuerdo que en aquel tiempo había muchas encinas grandes como yo lo soy ahora, supongo que nacería de la bellota de alguna de ellas. Casi todas estas tierras estaban cubiertas por multitud de árboles, de plantas de monte bajo y de pastizales. Pero también había trozos de tierra que ya estaban labrados por el hombre y otros sembrados de olivos, almendros y viñas. Rebaños de cabras, ovejas y vacas pastaban por todos estos terrenos, había infinidad de animales que con el tiempo han ido desapareciendo poco a poco; el lobo campaba por estas sierras y los cielos eran surcados por águilas, buitres y otros pájaros que ya desaparecieron.

La voz de la encina hace un pequeño descanso, no sé si para tomar aire o intentando recordar algún detalle de su vida. No me muevo ni me impaciento, sé que ella continuará rememorando y narrándome lo ocurrido durante su existencia.

-En un centenar de primaveras, mis ramas y tallos alcanzaron la altura que actualmente tengo, mi tronco y todos los brazos que crecían del mismo, fueron aumentando poco a poco. Crecí tan rápido porque nací en buena tierra y además mis raíces encontraron un manantial del que he bebido durante todo este tiempo; todo esto hizo convertirme en una gran encina, sana y fuerte. Aunque algunas de las encinas y árboles más viejos desaparecían, otros nacían y también crecían rápidamente, siguiendo los pasos que la naturaleza nos marcaba. Pasaron primaveras y más primaveras y mi tronco y mis ramas fueron en aumento, muy lentamente, pero en aumento, hasta convertirse en lo que tú ves hoy; un viejo árbol.

Sin separar mi mano de su tronco, la observo de nuevo desde mi posición y vuelvo a admirar su belleza, su grueso tronco, sus grandes ramas y la frondosidad de toda ella. Luego le hablo sobre ella misma.

-Yo te veo bien, tienes un buen tronco, ramas gruesas y largas que parecen fuertes y todas tus copas están llenas de verdes hojas que expresan que tu salud es buena.

-¡Pepe! no... no me has mirado con detenimiento, no te has fijado en algunos detalles que delatan mi vejez y que indican que estoy en el ocaso de mi existencia. Si te das cuenta, mis grandes ramas en vez de alzarse hacia el cielo, cada vez están más cerca del suelo, ya no tienen fuerzas para aguantar tanto peso y se están curvando

queriéndose apoyar en la tierra para no resquebrajarse. Ahora la mayoría de mis bellotas, son pequeñas, están enfermas e incluso algunas con gusanos y caen al suelo en donde irremediamente se pudrirán; todo ello porque la savia que corre por mis troncos ya no les llega con la suficiente fuerza y no se desarrollan en condiciones. Mi tronco, parece fuerte, pero ya no lo es, ahora es un tronco viejo, leñoso, con heridas añejas que dejaron huella, propenso a que cualquier enfermedad acabe conmigo.

La Chaparra Vieja, me está hablando como si lo hiciese un anciano, un anciano que ha tenido una larga vida y que llegado a este punto, se describe a sí mismo y a todos sus males, presintiendo que su desaparición está próxima.

-Ahora me siento viejo, cansado y frágil. Poco me parezco a la encina que un día fui; fuerte, robusta, sana y llena de vida. Mis ramas se erguían vigorosas hacia el cielo y no me dejaba doblegar a fuertes vientos, granizadas, hielos ni al peso de la nieve depositada en mis copas durante muchos días de crudos inviernos. Varios rayos cayeron sobre mí, me dañaron y dejaron su huella en mi tronco, pero me repuse a todas estas heridas. Sufrí por el fuego de los rayos y por el producido cuando se quemaba el bosque o los pastos y rastrojos que me rodeaban. Pero era joven y la fuerza de mi savia hacía frente a todas estas adversidades.

-En mis copas anidaron águilas, búhos, urracas y otras grandes aves, en mis ramas dormitaron también infinidad de pajarillos que se cobijaron huyendo de las inclemencias del tiempo. A mis pies, ciervos, jabalíes, cabras, cerdos y otros muchos animales, se alimentaban de mis bellotas que entonces eran grandes, hermosas y sabrosas. Todos vivíamos en armonía y todos dependíamos de los demás para sobrevivir, siguiendo las pautas de nuestra madre naturaleza.

La Chaparra Vieja, sigue hablando y hablando, relatándome toda su vida y la relación que siempre ha tenido con los demás seres vivos, sobreviviendo heroicamente en el tiempo hasta ahora. Yo sentado a su lado, sigo escuchándola con mi mano apoyada sobre su tronco, a través de la cual mantengo el contacto con ella. Sigo con atención su narración, pero me he dado cuenta que en el relato de su vida, apenas ha mencionado al ser humano, al hombre. Me pregunto el porqué de esta omisión acerca de mi especie. ¿Tendrá la encina algún motivo en contra del hombre para no mencionarlo en sus memorias? Intrigado por esto, interrumpo sus palabras y le pregunto:

-¿Por qué te acuerdas de toda tu vida y apenas has contado nada que tenga que ver con el ser humano? ¿Qué te ha ocurrido con el hombre que apenas lo mientas?

La encina queda en silencio durante unos instantes, después se vuelve a oír su vieja voz, quejumbrosa y cansada.

-Cuando nací, el hombre ya estaba aquí, y a pesar de que han pasado más de mil primaveras y aunque viviese otras mil, nunca acabaré de entender al ser humano. ¡Pepe, sois muy complicados! Apenas os guiais por vuestros instintos como lo haría cualquier ser vivo, y sí por vuestros sentimientos, sois los más inteligentes y también los más irracionales, totalmente imprevisibles, os creéis superiores a todo lo que os rodea, incluso entre vosotros mismos a veces no sois capaces de entenderos y convivir como lo haría cualquier otra especie.

¡Vaya con la chaparra... que buena definición ha hecho del ser humano! Se ve que durante todos estos años nos ha observado detenidamente y se ha dado cuenta de nuestras reacciones y comportamientos. Y que lo único que ha sacado en claro es que los hombres somos muy complicados.

-Los primeros hombres a los que conocí, eran pastores y labradores que cuidaban el ganado y cultivaban algunas de estas tierras, eran pocos y se agrupaban en pequeños grupos familiares, subsistían con lo que la naturaleza les daba. Pero debido a su naturaleza luchaban entre sí, se robaban unos a otros, incluso se mataban y se desterraban, quedándose con las tierras los vencedores, que por lo general no eran labriegos ni pastores, si no guerreros humanos, hombres nacidos y enseñados para matar hombres. Nunca he conocido una especie tan destructiva como la vuestra.

-Según pasaban los inviernos y primaveras y a pesar de sus guerras, enfermedades, hambrunas y éxodos, los hombres fueron en aumento y vinieron muchos más de otras tierras lejanas; entonces las tierras que labraban se les quedaron pequeñas, aumentaron sus rebaños, declararon la guerra a los lobos, águilas, ciervos y a cuantos animales les hacían la competencia a sus ganados y sembrados. Talaron y quemaron árboles, destrozaron montes para tierras de labor y fueron marcando terrenos en propiedad, tierras arrebatadas a la naturaleza y que en más de una ocasión otros hombres las arrebataban a sus primeros dueños.

¡Ni parpadeo escuchando la voz de la encina!, La Chaparra Vieja me está contando lo que ella ha vivido y visto en relación con los seres humanos. Tras una breve pausa, ella sigue relatando sus vivencias y yo puniendo máxima atención a sus palabras.

-Poco a poco me fui quedando sola, aislada y cercada por el hombre, quien con sus hachas, arados y animales, fue labrando todas estas tierras que nos rodean; eliminando y cortando otras encinas que le eran de estorbo, siendo algunas de esas encinas mis hermanas y otras mis propias hijas. Aunque a mí, en varias ocasiones el hombre me cortó alguna rama para utilizarla para herramientas y aparejos de labranza, casi siempre me respetaron, ¡quizás por ser la más grande de todas! Pero

también hubo quién quiso hacerme leña o carbón y en vez de mirarme con admiración, lo hacía con codicia.

Noto en la voz cierto recelo y desconfianza hacia los humanos, como si la chaparra estuviese dolorida ante las acciones de estos. Ahora no la interrumpo y dejo que siga contando su historia, deseando el momento en el que prosiga narrando sus encuentros con los mismos.

-Durante todo este tiempo fueron muchos los hombres que se acercaron a mí o pasaron por aquí, pero fueron muy pocos con quienes verdaderamente pude comunicarme y menos aún quienes me entendieron. Fui testigo mudo del nacimiento, existencia y muerte de muchas generaciones de ellos. Presencí como vivían aferrados a la tierra y también como morían por ella debido a grandes sequías, hambrunas y enfermedades. Muchos de ellos se cobijaron debajo de mis ramas, huyendo del fuerte sol de verano durante las duras siegas de los sembrados, y mientras los mayores realizaban las tareas del campo aquí dejaban a los hijos pequeños, a sus animales y sus pertenencias. También fui el albergue nocturno de otros muchos que a falta de tejas, se conformaban con el abrigo de mis hojas, durmiéndose iluminados por la luna y las estrellas del firmamento.

-Mientras estaban cerca de mí, yo les observaba, aprendía su lenguaje y sus gestos, escuchaba sus palabras e intentaba comprender sus formas de pensar. A los hombres, les he visto de mil maneras diferentes: quejarse, llorar, reír, cantar, discutir, pelearse, amarse..., cada uno de ellos y sin saberlo, al hablar me contaban sus secretos, sus pensamientos, anhelos, creencias, sus sueños y sus miedos. Poco a poco fui comprendiendo los sentimientos por los que se regían, aunque yo siendo un ser vivo al igual que ellos nunca tendría esos sentimientos. Ellos eran hombres, seres humanos, más inteligentes que ningún otro ser vivo, y yo... yo solamente era un árbol, un árbol grande, lleno de ramas y hojas, y fueron muy pocos los que descubrieron y me trataron como un ser vivo, un ser vivo no tan inteligente como ellos pero con una larga vida e historias que contar.

Según voy escuchando a la Chaparra Vieja narrar sus vivencias, tengo la extraña sensación de que la encina después de tantos años en contacto con los humanos, ha adquirido y desarrollado en su interior sentimientos propios de los hombres. ¡Esto no puede ser!, la encina es un árbol, un vegetal, una planta, ni siquiera es un animal que aparte de regirse por su instinto, algunos tienen y demuestran ciertos sentimientos básicos parecidos al del ser humano. No la digo lo que pienso y dejo que siga hablando.

-Debido a su inteligencia, a su afán y fe en superarse y progresar, el hombre construyó máquinas que le hiciesen menos pesado su trabajo, sustituyendo así a los animales que hasta ahora le habían sido útiles y también a muchos hombres que

hasta entonces hicieron falta para labrar estos campos. Fue cuando los hombres se fueron desarraigando de estas tierras y emigraron a otros lugares en busca de otro tipo de trabajos. Llegó el día en que ningún humano se acercaba a mí, sólo los pájaros y los animales que venían a comer mis bellotas hablaban conmigo y me traían noticias de otras tierras.

-La llegada de las máquinas lo cambió todo. Primero trajeron el tren, nunca le he visto, sólo he escuchado su ruido y he divisado el negro humo que hace años dejaba a su paso. Luego llegaron las máquinas esas a quienes vosotros llamáis coches, como ese en el que tú has venido hoy, también llegaron los tractores, cosechadoras, y otras muchas más. Pero las que más me extrañaron, fueron aquellas que volaron por el cielo al igual que si fuesen pájaros; todas eran eso... máquinas, no eran seres vivos, no sentían ni padecían y no se comunicaban con nada, solo trabajaban bajo el mando del hombre, quien les dio más valor a ellas que a todo lo que le rodeaba.

La Chaparra Vieja deja de hablar, pero en sus últimas palabras he notado como parece sentirse decepcionada por el comportamiento humano hacia ella en los últimos tiempos, tengo la impresión de que se siente sola e ignorada. Me pregunto el porqué me ha contado toda su vida y aún no me ha dicho el motivo por el que me ha llamado.

-Percibo tu voz quejicosa y triste, -le digo con franqueza-, más bien deberías estar alegre, ya que según tú me has contado, nosotros, los hombres, siempre te hemos respetado y admirado e incluso en los últimos tiempos hemos aumentado nuestros cuidados hacia ti al igual que lo hiciésemos con un anciano nuestro. Ahora, temporalmente vienen los técnicos, te revisan, cuidan y vigilan. Y tampoco te puedes quejar de que no tienes visitas, por lo general todos los que vivimos fuera, volvemos de vez en cuando por aquí acompañados de otras personas te mostramos con orgullo y te alabamos por ser la gran encina centenaria que hay por estos contornos.

-No Pepe, no estoy triste, sé que vosotros me cuidáis y me vigiláis, y que a menudo os acercáis hasta mí, pero pocos conocéis mi historia y casi ninguno os comunicáis como tú lo estás haciendo ahora. Tú has sido el único que de momento has acudido a mis llamadas, llamadas que llevo haciendo bastantes primaveras, espero que alguno más de vosotros acuda a estas llamadas antes de que sea tarde.

-¿Qué sea tarde, para qué? Me has contado toda tu historia y sin embargo aún no me has dicho el porqué me has llamado.

-Mira a tu alrededor, ¿Dime que ves? Yo te lo diré; campos de labor, olivos y más olivos, y cuatro encinas mal repartidas por estos campos, encinas que al igual que yo un día desapareceremos. Por eso he lanzado estas llamadas para que alguien viniese

a mí y así poder contarle mi historia para que cuando yo desaparezca él siga narrando mi historia y que esta no se pierda en el olvido.

Ahora empiezo a entender a La Chaparra Vieja y el porqué de sus llamadas. Ella que parecía recelar del ser humano durante toda su existencia, ahora que cree que su final está cercano pide ayuda al hombre para que este la preserve en su memoria.

-Pepe, ha llegado el momento en que me encuentre sola, vieja y cansada. Tengo más de mil primaveras y sé que cada día estoy más cerca del final de mi vida, que cualquier rayo, viento fuerte o simplemente una insignificante enfermedad acabaran conmigo. Por eso antes de que esto ocurra quiero que tú cuentes mi historia igual que yo te la he contado a ti, que se la cuentes a tus congéneres, a tus hijos, a tus nietos... Que les cuentes la verdad; que fui yo quien te llamó y con quien estuviste hablando. Algunos no te creerán y se reirán de ti, pero otros te escucharán y les agrada conocer mi vida.

-¿Qué dices? Seguro que vivirás durante bastantes años más y contemplarás el paso de muchas generaciones nuestras.

-Sea así como tú dices o como yo lo presiento, de todas formas necesito que tú me ayudes. Aparte de contar toda mi historia, quiero que cojas unas pocas de mis bellotas, de las más grandes y sanas que veas, luego las siembras y cuando estas germinen y se transformen en pequeñas encinas, quiero que las plantes por estos alrededores, en sitios que el hombre las respete y las cuide, a sabiendas de que son hijas mías; ¡quizás así!, me ayudes a perpetuar mi especie, que al paso que va, desaparecerá en poco tiempo. También me gustaría, que alguna de esas encinas la llevaras y la plantases cerca del mar para que creciese y viviese junto a él.

¡Estupefacto!, así es como me he quedado cuando he oído la última petición que me ha hecho la encina. ¿Por qué querrá la Chaparra Vieja que plante sus semillas a la orilla del mar? En un anciano nuestro, esto podía ser una manía de la vejez, ¿pero... en un árbol? ¡No lo entiendo!

-Pepe, ¿Tú has visto el mar?

-Sí, lo he visto bastantes veces y en lugares diferentes, incluso me he bañado en sus saladas aguas.

-He escuchado maravillosas historias sobre él contadas por los pájaros peregrinos que se posaron en mis ramas y también por hombres que pasaron por aquí. Siempre escuché con atención esas historias y en mí creció la necesidad de verlo, pero soy un árbol y no me puedo desplazar como lo hacéis vosotros. Por eso te pido que plantes

alguna de mis semillas cerca de él, así y de esta manera una parte de mí contemplaría el mar.

¡Ver el mar, eso... eso es lo que la encina siempre ha deseado y por eso, por eso me ha hecho esa extraña petición! La Chaparra Vieja ha callado por un momento y sigo a la espera de que reanude sus palabras.

-Como ves, lo que te pido es fácil de realizar y estoy seguro después de haber conocido mi historia, sé que tú ayudarías a un viejo árbol como yo.

-No te preocupes, yo contaré mi encuentro contigo, sembraré tus bellotas e intentaré cumplir tu deseo plantando alguna de ellas al lado del mar. –le prometo a la Chaparra Vieja, al igual que si lo hiciese con un anciano.

-Otra cosa que me gustaría que hicieses, es que cada vez que vengas por aquí y si aún estoy vivo, quiero que te acerques y hablemos al igual que lo hemos hecho hoy. Yo te seguiré contando pasajes de mi vida y tú me hablaras sobre ti y todo lo que te rodea.

-Siempre que venga al pueblo, me acercaré, te saludaré y mantendremos más conversaciones, tal que si fuésemos dos amigos; porque algo en mi interior me dice que tú, tú seguirás aquí por muchos años más.

Me he dado cuenta de que el tiempo ha pasado muy rápido mientras he estado hablando con la encina. Ha sido tan...tan gratificante y tan especial este insólito encuentro, que ahora me cuesta trabajo tener que despedirme de ella y dejarla otra vez en su soledad.

-Ya es tarde y me tengo que marchar, siento tener que dejar tu compañía y siento no poder seguir escuchando tu increíble historia. Pero ten seguro que volveré siempre que pueda.

-Vete tranquilo Pepe, yo sé que los humanos dependéis mucho del tiempo, siempre estáis faltos de él; en cambio a mí lo que me sobra es eso, tiempo, mucho tiempo. Vete, pero recuerda este encuentro y lo que en él hablamos. –me dice como despedida.

Me levanto del asiento pétreo y suavemente separo mi mano del viejo y rugoso tronco de la encina, luego y con parsimonia, recojo unos puñados de las bellotas caídas del árbol, selecciono las que veo más sanas y las guardo en mis bolsillos. Acabada esta faena me dispongo a marcharme, pero antes me vuelvo a acercar al viejo tronco y sin saber el porqué, me abrazo a él al igual que lo hiciese en la despedida de un ser querido o de un amigo. Al abrazarlo siento como parte de la

energía del árbol pasa a mi cuerpo, una energía positiva. Este ha sido un abrazo silencioso, sin palabras, un verdadero abrazo de despedida. Después del abrazo me encamino hacia el coche.

Desde el camino y antes de subirme al automóvil vuelvo a contemplar a la Chaparra Vieja. Sigue allí, majestuosa, esplendorosa, sabiéndose la reina de todos los árboles que la rodean y sus hojas siguen reflejando los rayos del sol. Contemplándola así he decidido escribir y publicar mi encuentro con ella para que de esta manera todos conozcan su verdadera historia y no la admiren solamente por ser grande y vieja, sino que también entiendan y comprendan que es un ser vivo lleno de gran sabiduría y testigo de acontecimientos acaecidos en estos últimos mil años de nuestra existencia.

Mientras la miro, recuerdo otra de sus peticiones y me toco los bolsillos asegurándome de que allí llevo sus semillas, luego muevo un poco la mano en un gesto de despedida y descubro con asombro como las copas de la encina se mueven devolviéndome el gesto a la vez que oigo de nuevo su voz.

-¡Hasta otro día Pepe! ¡Buen viaje!

-¡Hasta siempre, Chaparra Vieja!